

SPINOZA POR LAS BESTIAS

POR ARIEL SUHAMY

Desconfíen de los proverbios

Se dice que no es fácil comprender a los filósofos. Se agrega, en broma, que les cuesta mucho comprenderse entre ellos. Lo cual en efecto sucede. Es incluso allí que una nueva filosofía puede hacer su aparición. Cuando redactó su primera obra, una suerte de compendio de la filosofía de Descartes, Spinoza se había prometido mantener la mayor neutralidad, aun a su pesar. Y sin embargo...

Y sin embargo llega un momento en que ya no la sostiene, como atrapado de nuevo por su misma naturaleza. Entonces el spinozismo asoma la punta la punta de su nariz. Sucede cuando Descartes apela a ese proverbio tan paternal, tan zalamero: “quien puede hacer lo más, o lo más difícil, puede hacer lo menos”. Erigido en axioma, el proverbio le sirve nada menos que para demostrar la existencia de Dios. ¿Cómo? No lo diremos aquí, pues Spinoza, por su parte se niega a ir tan lejos: “No sé lo que quiere decir con eso. En efecto, ¿a qué llama fácil o difícil? Pues nada se dice fácil o difícil absolutamente, sino solamente respecto a una causa. De suerte que una sola y misma cosa, al mismo tiempo, puede ser llamada fácil y difícil respecto de causas diferentes”.¹

Una araña en el cartesianismo

En una pequeña nota, al margen del texto, anida un curioso ejemplo que, escribe Spinoza, eximirá de buscar otros: la araña, “que teje muy fácilmente una tela que los hombres solo podrían hacer con enormes dificultades; mientras que los hombres hacen muy fácilmente cosas que son quizás imposibles para los ángeles”.

Nada es fácil o difícil en sí: una sola y misma acción es fácil para uno, difícil para otro, según la naturaleza de cada uno. Sin duda yo soy, en tanto que hombre, más potente que una pequeña araña a la que puedo tranquilamente



DIBUJOS DE ALIA DAVAL



aplastar con mi talón; no obstante, ¡soy incapaz de tejer su tela con la misma naturalidad! Solo soy más potente respecto de la muerte a dar, no de la vida por llevar.

Los hombres acabarán por concebir una máquina de tejer tan fina como la araña, e incluso más. Pero no sin un gran esfuerzo. Es entonces en vano pretender medir y comparar las potencias de unos y otros a partir de una sola y misma obra. Las potencias son inconmensurables.

Vayamos más lejos: no porque soy capaz de hacer algo difícil (para mí), soy capaz de *hacer menos* de lo que puedo. La araña hila su tela, tarea difícil para nosotros, fácil para ella; pero abstenerse de tejer, o tejer con menos habilidad, le resulta perfectamente imposible, y aunque lo quisiera, le implicaría el mayor esfuerzo hacer un *mal* trabajo —dicho de otro modo, le resultaría más difícil—. Pues eso no conviene en absoluto con su naturaleza. Ningún ser es *por debajo* de lo que puede; es siempre, y en todo momento, *todo lo que puede ser*. En términos más filosóficos: no es ser “en potencia”, es decir no efectuado, como retenido por algún poder superior y a la espera de actualización. Toda potencia es *en acto*, es decir efectiva.

Y nada da cuenta mejor de esto que el ejemplo de los animales, que son, lo sabemos bien, siempre iguales a lo que su naturaleza les determina a hacer.

Hormiga, caballo, Orfeo

A decir verdad, el propio Descartes ya había tenido que responder a la objeción de la inconmensurabilidad. Y ya venían al rescate algunos animales. “Admito -le respondía al padre Mesland- que uno experimenta a menudo que las cosas que producen algún efecto no son capaces de producir muchos otros que nos parecen menores. Así, un hombre, que puede producir otro hombre, no puede producir una hormiga. Y un Rey, que se hace obedecer por todo un pueblo, no puede a veces hacer que le obedezca un caballo”.

No importa, dice Descartes, sostengo lo dicho, y hablando en latín: “cuando se trata de *una causa universal e indeterminada*, me parece que es una noción común muy evidente que *quod potest plus, potest etiam minus*, así como el *totum est majus sua parte...*”. Quien puede lo más, puede lo menos no sería menos evidente que el *todo es más grande que la parte*. Por ende, el hombre demostraría una potencia más grande al engendrar *también* hormigas, o el Rey al comandar incluso a los caballos, “tal como se finge creer que la música de Orfeo podía conmovir *incluso* a las bestias, para atribuirle mucha más fuerza”².

“Una causa universal e indeterminada”, dice Descartes: sí, tan indeterminada que no teme poner sobre el mismo plano lo fantástico —hombres engendrando hormigas— y lo inverosímil —un Rey potente en su terreno de rey, pero pésimo caballero—. Al dejar indeterminada la potencia, Descartes evalúa más o menos grande la potencia humana según se extiende o no a los demás vivientes —representando en la figura de Orfeo la potencia de Dios, creador y rey—.

La potencia de la araña

Mucho más radical es la objeción de Spinoza. Se pone, en efecto, del lado animal. No importa cuál: mientras que Descartes hablaba de animales sometidos o manifiestamente inferiores al hombre, Spinoza subraya por el contrario *la potencia de la araña*, y su facilidad tan manifiestamente superior a la del hombre en lo que respecta, ya no a la muerte que dar, sino a una obra que producir.

El concepto de potencia resulta profundamente modificado. Mientras que para Descartes potencia significa *creación ex nihilo o poder soberano*, o los dos a la vez (Orfeo), bajo la mirada de Spinoza la potencia de la araña se confunde con su ser. No está por un lado el ser que es la araña y por el otro el *poder* que tiene. *Ser araña* es ser esa potencia de hilar, manera de expresar según su naturaleza propia su perseverancia en el ser. Para la araña, la tela no es una *creación* despegada de sí y arrojada en el mundo, ni tampoco el sello, la marca de un *poder soberano* sobre el pueblo de las moscas; esa producción es su existencia misma, en tanto que vive y se perpetúa de una cierta manera singular y determinada, a través de la urdidura de una tela, entre cielo y tierra, en la paciente espera de la presa.

Cada uno entonces su potencia, sus aptitudes específicas que son su vida misma. E incluso la omnipotencia de Dios debe ser comprendida así: no como la soberanía de un rey o la creatividad de un artista fecundo, sino como la potencia elevada a lo absoluto, que solo depende de sí misma para existir. Esta es la razón por la cual, para comprender la esencia de cada cosa, hace falta comenzar por comprender la potencia divina; cuidándose de no ceder a lo abstracto, a lo indeterminado. *Mutis* de Orfeo, el poeta-rey que impone su poder al mismo tiempo, con una misma voz, sobre los hombres y los animales.

¹ *Principios de la filosofía de Descartes*, I, 7, escolio.

² Descartes, R. Carta del 2 de mayo de 1644.

Tanto el presente fragmento, como las ilustraciones pertenecen al libro *Spinoza par les bêtes*, de Ariel Suhamy y Alia Daval, recientemente publicado por editorial Cactus, con traducción de Sebastián Puente.

